

EL FUNERAL

El tren paró en Nieczawy solo un momento. Disimuladamente, Stefan se abrió paso a empujones entre la multitud hasta alcanzar las puertas, saltó justo cuando resopló la locomotora y al instante oyó el estrépito de las ruedas a sus espaldas. Durante una hora había estado tan preocupado por bajarse allí, que se había olvidado del objetivo mismo de su viaje. Y, por fin, respirando un aire tan puro que después de la mala ventilación que había en el tren le resultaba cortante, caminaba con paso inseguro, con los ojos entrecerrados por el sol, liberado e indefenso al mismo tiempo, como si acabara de despertar de un sueño profundo.

Aquel día de finales de febrero el cielo estaba vetado de brillantes nubes de suaves contornos. La nieve, en parte derretida por el deshielo, se había acumulado en las hondonadas y en los barrancos, dejando al descubierto

matorrales de broza y arbustos, ennegreciendo el camino de barro y obstruyendo las arcillosas laderas. En la blancura hasta ahora uniforme del paisaje irrumpía el caos, presagio de cambios.

Absorto, Stefan dio un paso en falso y el agua se le coló en el zapato. Se estremeció de asco. El jadeo de la locomotora se fue desvaneciendo detrás de las colinas de Bierzyniec; Stefan pudo oír un sonido escurridizo, semejante al chirrido de los grillos, que parecía llegar de todas partes: el ruido constante de la nieve derretida. Con su gabán de lana, su sombrero de fieltro y sus zapatos bajos, típicos de la ciudad, Stefan era consciente de que ofrecía una imagen absolutamente fuera de lugar ante aquellas ondulantes colinas. Por el camino que subía hacia el pueblo bailaban riachuelos deslumbrantes. Saltando de una piedra a otra, Stefan finalmente llegó al cruce y miró el reloj. Era casi la una. Aunque no habían precisado la hora en que se celebraría el funeral, convenía darse prisa. El ataúd, ya cargado con el cadáver, había salido de Kielce el día anterior, así que estaría ya en la casa del tío Ksawery, aunque igualmente podría encontrarse en la iglesia, puesto que el telegrama mencionaba algo, que no quedaba del todo claro, referente a una misa. ¿O se refería a las exequias? No lograba recordarlo, y el estar meditando sobre tales cuestiones litúrgicas le molestó. La casa de su tío estaba a unos diez minutos andando, tan lejos como el cementerio, pero si el cortejo fúnebre daba un rodeo para entrar en la iglesia... Stefan se dirigió hacia la curva de la carretera, se detuvo, retrocedió unos pasos y volvió a detenerse. En-

tre los campos vio a un anciano campesino caminando por el sendero cargando al hombro con la cruz que suele encabezar los cortejos fúnebres. Stefan quiso llamarle, pero no se atrevió. Apretando los dientes, se encaminó al cementerio. El campesino alcanzó el muro del camposanto y desapareció. No parecía que se dirigiera hacia el pueblo, de ahí que Stefan, desesperado, se recogiera los faldones del abrigo y, levantándolos como hacen las mujeres, echara a correr, saltando para evitar los charcos. El camino que llevaba al cementerio rodeaba una pequeña colina cubierta de avellanos. Sin achantarse por la nieve que entorpecía sus pasos y apartando las ramas que le golpeaban la cara, corrió hasta la cima. Los matorrales terminaban de manera abrupta. Stefan bajó al camino que había frente al cementerio. No se oía ni se veía a nadie, y no había ni el menor rastro del campesino. Toda la prisa de Stefan se esfumó de inmediato. Examinó con resignación sus pantalones manchados de barro hasta los tobillos y, con dificultades para respirar, se asomó por encima de la puerta. No había nadie en el cementerio. Cuando la empujó, la puerta lanzó un espantoso chillido que fue apagándose, transformado en un quejido de dolor. Sucias, las capas de nieve cubrían las tumbas y, en oleadas, formaban pequeños montículos al pie de las cruces de madera que, dispuestas en filas, llegaban hasta una mata de saúco. Más allá se encontraban las lápidas pertenecientes a los príncipes de Nieczawy, y, al final, aislado y enorme, el sepulcro de la familia Trzyniecki, coronado por una enorme losa de granito negro sobre el que aparecían, grabadas en

letras doradas, unas cuantas fechas y nombres junto a tres abedules. En la franja vacía que separaba el mausoleo del resto del cementerio, en aquella tierra de nadie, se abría la fosa recién cavada, una mancha de barro en la blancura. Stefan se paró en seco, sorprendido. Al parecer, el mausoleo estaba completo y había faltado tiempo o medios para ampliarlo, de manera que el viejo Trzyniecki sería enterrado como cualquier otro vecino. Stefan intentó imaginarse cómo se debió de haber sentido su tío Anzelm al ordenar el traslado del cadáver, pero no había alternativa: desde que Nieczawy perteneciera a los Trzyniecki, ese era el lugar donde enterraban a todos sus muertos y, aunque solo quedara en pie la casa del tío Ksawery, se seguía manteniendo la costumbre. Así, cuando algún pariente fallecía, de toda Polonia acudían representantes de cada una de las ramas de la familia para asistir al funeral.

Los carámbanos cristalinos que colgaban de los brazos de las cruces y de las ramas del saúco goteaban silenciosamente horadando la nieve. Stefan se paró un rato ante la tumba vacía. Debería ir a la casa, pero esa idea le resultaba tan poco atractiva que en lugar de ello se dedicó a pasear por entre las cruces del cementerio campesino. Los nombres, grabados sobre las tablas con un alambre candente, se habían convertido en manchas negras; muchos habían desaparecido del todo, y la superficie de la madera lucía totalmente lisa. Abriéndose paso entre la nieve que le helaba los pies, Stefan caminó por el cementerio hasta detenerse repentinamente junto a una tumba señalada por una cruz enorme de abedul

con una placa de hojalata sujeta con clavos. La inscripción, escrita con trazos caprichosos, decía:

*Hermano que pasas aquí al lado,
dile a Polonia
que aquí yacen sus hijos
que le fueron fieles hasta la muerte.*

Y debajo aparecía una lista de nombres con sus respectivos grados. Al final, un soldado desconocido. También una fecha: septiembre de 1939.

Solo habían transcurrido seis meses y medio desde entonces, pero la inscripción no habría podido resistir a la intemperie de no haber sido retocada varias veces por una mano cuidadosa. Las ramas de abeto que cubrían la tumba —sorprendentemente pequeña, pues era difícil de creer que pudieran yacer en ella todos sus ocupantes— habían sido también objeto del mismo cuidado. Stefan, emocionado e inquieto, se entretuvo un rato contemplando la tumba, pero no sabía si debía quitarse el sombrero así que, incapaz de decidirse, reanudó su paseo. Sintió cómo penetraba en su cuerpo el frío de la nieve, se sacudió los zapatos y volvió a mirar el reloj. Era la una y veinte. Tenía que darse prisa si quería llegar a tiempo a la casa, pero pensó que si se quedaba esperando el cortejo en el cementerio, podría simplificar bastante su participación formal en las exequias, así que dio la vuelta y volvió a la fosa que acogería el cuerpo del tío Leszek.

Al examinar la fosa, cayó en la cuenta de lo profunda que era. Sabía lo suficiente de la misteriosa técnica de los

sepultureros como para comprender que habían cavado a tanta profundidad a fin de que en el futuro cupiera un ataúd más, el de tía Aniela, la viuda del tío Leszek. Ese descubrimiento le dolió como si involuntariamente hubiera sido testigo de algo indecente; se forzó a alejarse y su mirada reparó en las filas torcidas de cruces. La soledad lo había sensibilizado de tal manera que la certeza de que las diferencias de clase social se mantenían invariables entre los muertos se le reveló como algo absurdo y penoso. Respiró profundamente. A su alrededor reinaba un silencio absoluto. Del pueblo cercano no llegaba ni el menor ruido e, incluso el graznido de los cuervos, que le había acompañado durante todo el camino, había cesado. Las cruces proyectaban sus sombras con escorzo en la nieve y el frío le entraba por los pies y le atravesaba todo el cuerpo hasta atenzarle el pecho. Stefan, encogido, se metió las manos en los bolsillos. En uno de ellos encontró un paquetito con pan. Su madre debía haberse lo metido en el bolsillo antes de que se marchara. De repente sintió hambre, sacó el pan del bolsillo y le quitó el fino envoltorio de papel. Entre las rebanadas asomaba un poco de jamón. Se llevó el pan a la boca, pero no pudo siquiera imaginarse a sí mismo comiendo sobre aquella tumba abierta. Intentó convencerse de que solo era un prejuicio. Al fin y al cabo, se trataba de un simple agujero cavado en la tierra, pero con todo decidió marcharse. Caminó por la nieve hacia la puerta del cementerio con el pedazo de pan en la mano. Cuando pasó por delante de las cruces anónimas, intentó en vano buscar en sus torpes formas algún rasgo definitorio que le diera

alguna pista sobre sus dueños póstumos. Stefan pensó que la preocupación de los hombres por la durabilidad de las tumbas derivaba de una creencia que se remontaba a tiempos inmemoriales, según la cual —sin reparar en los preceptos religiosos, a pesar del hecho cierto de la putrefacción y contrariando a la razón— los muertos, en el fondo de la tierra, mantenían algún tipo de existencia, tal vez molesta o incluso espantosa, pero al fin y al cabo una existencia, que duraría hasta que desaparecieran de la superficie los símbolos que los distinguían.

Al alcanzar la puerta, y tras volverse por última vez a contemplar desde lejos las filas de cruces hundidas en la nieve y la mancha amarillenta de la fosa recién cavada, salió al camino embarrado. Cuando reflexionó sobre sus últimos pensamientos, sobre lo absurdo de las exequias mortuorias y sobre su propio papel en la ceremonia, se sintió desconcertado. Durante un instante incluso reprochó a sus padres que le hubieran empujado a emprender ese viaje, más extraño aun si cabe por cuanto había acudido, no en su propio nombre, sino representando a su padre enfermo.

Stefan engulló su bocadillo de jamón, humedeciendo cada bocado con saliva y tragando con cierta dificultad, ya que tenía la garganta reseca. Su cabeza no dejaba de dar vueltas. Sí, pensaba; la gente cree en esa especie de «existencia de los muertos» sin tener en cuenta la realidad. Si el cuidado de las tumbas constituyera una simple señal de amor y de pesar por lo perdido, entonces se contentarían con cuidar solamente la parte visible de los nichos. Si el único motivo de celebrar un funeral fuera

dar rienda suelta a esos sentimientos, cómo se explicaría entonces esa preocupación por el aspecto de los cadáveres, por vestirlos con sus mejores galas, por colocarles mullidas almohadas debajo de la cabeza y por encerrarlos en ataúdes sumamente resistentes a las fuerzas de la naturaleza. No, semejante comportamiento revela una especie de fe sombría e incomprensible que supera la muerte: la creencia de que en los estrechos límites del ataúd se vive esa existencia horrible que tanto espanta a los vivos y que, al parecer, según un razonamiento instintivo, tiene que ser preferible a la aniquilación total y a la comunión con la tierra.

Sin cuestionarse del todo él mismo esa creencia, se encaminó hacia el pueblo, guiado por la torre de la iglesia que brillaba bajo el sol. De repente, vislumbró un cierto ajeteo en la curva de la carretera y, sin saber muy bien por qué, se apresuró a meterse el trozo de pan en el bolsillo.

Allí donde la carretera rodeaba la colina, siguiendo el contorno de la pendiente arcillosa, divisó la mancha negra del cortejo. La gente estaba tan lejos que era imposible distinguir sus rostros. Tan solo pudo vislumbrar la cruz que encabezaba la procesión y, detrás, las pequeñas manchas blancas de las sobrepellices de los curas, el techo del improvisado coche fúnebre y, al fondo, muchas figuras pequeñas que se movían tan lentamente que parecían no avanzar con su balanceo sin duda majestuoso, pero que resultaba casi grotesco por efecto de la distancia. Si difícil era tomarse en serio aquel funeral en miniatura y aguardar su paso con la debida

gravedad, tampoco era fácil salir a su encuentro. Parecía un azaroso desfile de muñecas dando saltitos al pie del arcilloso despeñadero, impulsado por el viento que portaba jirones de su incomprensible lamento. Stefan quería alcanzar al grupo cuanto antes, pero no se atrevía a moverse. En lugar de ello, se quitó el sombrero y esperó de pie, inmóvil, dejando que el viento lo despeñara. Un simple espectador, ajeno a la representación, no habría sabido decir si Stefan era un acompañante del cortejo que llegaba con retraso o un simple transeúnte. A medida que se acercaban, las figuras de los caminantes iban agrandándose, sin apenas transición. Al final, pudo distinguir al viejo campesino que portaba la cruz y a los dos sacerdotes que encabezaban la procesión; muy cerca de ellos, venía el camión del aserradero y, cerrando la marcha, todos los miembros de su dispersa familia. El lamento disonante de las mujeres del pueblo se repetía monótono, una y otra vez. Cuando el cortejo se hallaba apenas a unos pasos de Stefan, empezaron a sonar las campanas: en un primer momento, sonidos incoherentes; después, toques enérgicos, redondos, que se extendían majestuosamente por todo el campo. Al oír las primeras campanadas, Stefan pensó que debía de ser Wicek, el pequeño de los Szymczak, quien había comenzado a tirar de la cuerda hasta que el pelirrojo Tomek, el único autorizado a tocar la campana, lo había espantado; pero al instante cayó en la cuenta de que el «pequeño» Wicek sería ya un hombre de su misma edad, y de que no se sabía nada de Tomek desde que emigrara. Por lo visto, el derecho a tocar la campana

seguía siendo objeto de lucha entre las jóvenes generaciones de Nieczawy.

La vida trae consigo situaciones que ningún manual de buenos modales contempla; situaciones tan difíciles y delicadas que solo pueden ser superadas con mucho tacto y seguridad en uno mismo. Stefan, que carecía de tales virtudes, no tenía ni idea de cómo unirse al cortejo fúnebre. Allí parado, sin decidirse, se dio cuenta de que ya lo habían reconocido, lo que solo sirvió para agravar su confusión. Afortunadamente, el cortejo se detuvo justo delante de la iglesia. Uno de los curas se acercó al camión y preguntó algo al conductor, quien asintió con la cabeza; acto seguido unos hombres que él no conocía subieron al coche y empezaron a bajar el ataúd. Aprovechando el alboroto, Stefan logró colarse en el grupo que se encontraba junto al vehículo. Acababa de divisar la rechoncha silueta del tío Ksawery, con su cabeza entrecana hundida entre los hombros, sujetando a la tía Aniela, toda vestida de negro, cuando oyó un amortiguado grito de ayuda: hacían falta más hombres para cargar con el féretro hasta la iglesia. Stefan se apresuró a echar una mano, pero, como siempre que debía actuar en público —por poco importante que fuese lo que tuviera que hacer—, le faltó decisión y su deseo de ayudar se redujo a dar un traspiés hacia el camión. Por fin el ataúd se elevó por encima de las cabezas de todos los presentes sin que él tuviera que mover un dedo. A Stefan le correspondió, en cambio, sostener el abrigo de piel que su tío Anzelm, el hermano mayor de su padre, le entregó en el último momento.

Stefan, abrigo en mano, fue uno de los últimos en entrar en la iglesia. Sin embargo, estaba profundamente convencido de que, cargando con esa enorme piel de oso, en cierto modo también él participaba en la ceremonia. La campana remató su canto monótono con un toque tartajoso. Los dos curas desaparecieron en la sacristía, para volver a reaparecer instantes después. Mientras, la familia fue tomando asiento en los bancos, al tiempo que desde el altar llegaban las primeras palabras de las exequias en latín.

Stefan podría haberse sentado si hubiera querido, pues sobraba sitio en los bancos y, además, el abrigo de su tío no era nada ligero. Sin embargo, se quedó de pie al fondo de la nave, quizá precisamente por expiar de algún modo la timidez que había mostrado un rato antes. El ataúd se encontraba ya frente al altar. El tío Anzelm encendió las velas situadas en torno al féretro, y se encaminó directamente hacia Stefan. Éste, al ver que su tío se aproximaba, sintió una cierta turbación, si bien contaba con el amparo de la oscuridad que ofrecía el pilar a cuyo pie se había colocado. Su tío le apretó el hombro y le susurró, acompañando la melodiosa voz del cura:

—¿Está enfermo tu padre?

—Sí, tío. Ayer sufrió un ataque...

—Las piedras, ¿verdad? —dijo el tío con un murmullo estridente. El hombre quiso cogerle el abrigo, pero su sobrino no le dejó.

—Por favor, no... De verdad... Yo, yo...

—¿Pero qué burro eres! Dame ya el abrigo. ¿No ves que esto parece una nevera? —le reprendió su tío en

un tono bondadoso pero perfectamente audible. Y tras coger el abrigo se lo echó sobre los hombros y se encaminó al banco donde estaba sentada la viuda. Stefan, avergonzado, comprobó que le habían empezado a arder las mejillas.

Este incidente, aparentemente insignificante, logró arruinarle toda la ceremonia. Lo único que logró aliviarlo, en cierto modo, fue contemplar a su tío Ksawery, que estaba sentado en el extremo más alejado de la última fila. Pensó, con cierto consuelo, en lo incómodo que debía sentirse su tío, un ateo tan militante que incluso intentaba convertir a cada nuevo párroco que llegaba a la ciudad. Solterón, impulsivo y colérico, Ksawery era un hombre franco que acostumbraba a hablar sin reservas; suscriptor entusiasta de la Biblioteca de Clásicos Franceses de Boy,¹ partidario de las políticas de control de la natalidad y, para remate, el único médico en doce kilómetros a la redonda. Hacía ya mucho tiempo, los parientes de Kielce habían intentado echarlo de la casa

1. Tadeusz Żeleński (Varsovia, 1874-Lvov, 1941), conocido por el pseudónimo de Boy. Escritor polaco, uno de los fundadores del cabaré El Globo Verde, de Cracovia (1906), también médico y autor de libros sobre pediatría, crítico literario y, sobre todo, reconocido traductor de literatura francesa. Entre 1915 y 1935 se publican bajo el nombre de «Biblioteca de Boy» («Biblioteka Boya») más de cien traducciones de los títulos más emblemáticos de la literatura francesa, entre otros, las obras de Balzac, Molière, Marivaux, Musset, Beaumarchais, Villon, Descartes, Montaigne, Rousseau, Stendhal, Proust, Diderot, Voltaire, etc. (*Todas las notas, salvo que se indique, son de la traductora.*)

familiar litigando contra él durante años en tribunales provinciales y regionales, pero Ksawery ganó todos los juicios y encima les insultó —como solía decir— con tanta astucia que no tuvieron otra opción que dejarle en paz. En aquel momento permanecía sentado, las dos enormes manos inmóviles sobre el pupitre, a un banco de distancia de los parientes derrotados.

Hasta ellos llegó entonces el profundo sonido del órgano, rasgando el aire. Stefan experimentó el mismo estremecimiento que recordaba haber sentido de niño, aquella humilde santidad que le quemaba el alma. Sentía un profundo respeto por la música de órgano. Las exequias seguían un orden riguroso. Uno de los curas encendió un pequeño incensario y rodeó el ataúd, envolviéndolo en una nube de humo aromático pero acre. Stefan buscó con los ojos a la viuda. Sentada en el segundo banco, encogida y paciente, la mujer mostraba una extraña indiferencia hacia el cura que, floreando sus palabras con latinajos cada dos por tres, cantaba su apellido, el apellido del fallecido, repitiéndolo en una cantinela exultante e insistente que no se dirigía a los oídos de ningún ser vivo, sino a la Divina Providencia misma, suplicando, pidiendo y casi exigiendo generosidad para el fallecido.

El órgano calló. Había que levantar el ataúd del catafalco situado delante del altar y subirlo otra vez a hombros, pero Stefan ni siquiera intentó acercarse. Todos se levantaron, entre toses, y se prepararon para reemprender el camino. El ataúd, balanceándose con delicadeza, avanzó lentamente por la sombría nave. Cuando el cortejo hubo alcanzado ya las escaleras de la iglesia, se produje-

ron algunos empujones. La caja, larga y pesada, se inclinó peligrosamente hacia adelante, pero un bosque de manos alzadas lograron devolverle el equilibrio. Y así, con una enérgica sacudida, el ataúd salió al sol de la tarde como animado por el último tañido de la campana.

Justo entonces a Stefan se le ocurrió una idea macabra: que, sin duda, la persona que estaba dentro del ataúd tenía que ser el tío Leszek, porque a él siempre le había encantado gastar esa clase de bromas, y más en circunstancias tan solemnes. Sin embargo, logró reprimir aquella ocurrencia suya o, mejor dicho, la ajustó a la lógica, diciéndose que en el interior del ataúd no estaba su tío, sino algo que había quedado de él, sus restos, tan embarazosos y molestos que para eliminarlos del mundo de los vivos había que inventarse y representar ceremonias tan enrevesadas y absurdas como aquella.

Mientras tanto, Stefan se había reunido ya con los demás, y se dirigía tras el féretro hacia la puerta del cementerio, abierta de par en par. Unas veinte personas componían el cortejo. De no haber caminado tras un ataúd, habrían causado una impresión extraña: no iban vestidas de modo apropiado para emprender un largo viaje —la mayoría de los asistentes habían venido desde lejos—, ni para hacer una visita formal, por más que el negro fuera el color predominante. Además, la mayoría de los hombres calzaba botas de caña alta y algunas mujeres un calzado similar, con tacón, cordones y ribeteado de piel. Alguien a quien Stefan no reconoció a primera vista, pues le daba la espalda, lucía un ajustado abrigo militar, pero ninguna insignia. Parecía como si le las

hubieran arrancado. Aquel abrigo, de hecho, era el único recuerdo que quedaba de la campaña de septiembre. Aunque no, no era exactamente así: también estaba la ausencia de quienes, en otras circunstancias, no habrían faltado al funeral, como el tío Antoni y primo Piotr, ambos prisioneros de los alemanes.

Las mujeres del pueblo caminaban tras el ataúd repitiendo su monótona letanía: «Dale, Señor, el descanso eterno. Brille para él la luz perpetua». Stefan se sentía molesto por la escena, pero logró abstraerse. El cortejo se estiró para reagruparse de nuevo a la puerta del cementerio y abrirse paso entre las tumbas formando una hilera negra tras el ataúd alzado. Al borde de la fosa abierta volvieron a oírse las plegarias. Stefan, ya un poco harto de tanto rezo, pensó que, incluso si fuera creyente, consideraría esos monótonos ruegos una impertinencia hacia el Ser a quien iban dirigidos.

Antes de que esa la última observación cuajara del todo en su mente, alguien le tiró de la manga. Se dio la vuelta y vio a su tío Anzelm, con su cara ancha y aguiluña enmarcada en una esclavina de piel.

—¿Has comido algo hoy? —dijo, con un volumen de voz que Stefan juzgó excesivo. Y sin esperar respuesta, añadió rápidamente—: No te preocupes, ¡hemos preparado *bigos*!² —Le propinó entonces una palmada en la espalda a su sobrino y, deslizándose entre los que estaban

2. Plato típico polaco, preparado con col fermentada, diferentes tipos de carne, chorizo, setas y especias.

aún congregados alrededor de la fosa vacía, comenzó a tocarlos con el dedo, sin dejarse ni uno solo, mientras movía los labios. A Stefan este comportamiento le extrañó sobremanera, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo su tío: estaba contando a los presentes. Una vez terminó, el tío Anzelm le susurró algo a uno de los chicos del pueblo, y éste se fue retirando poco a poco, con una especie de ceremoniosidad palurda. Pero, tras alcanzar la puerta, el muchacho perdió su compostura y echó a correr en dirección a la casa de Ksawery.

Una vez terminada su labor como anfitrión, el tío Anzelm se paró junto a Stefan —quién sabe si a propósito o, simplemente, por casualidad— y se permitió llamar su atención sobre lo pintoresco del grupo. Cuatro vigorosos hombres cargaron con el peso del ataúd sujetándolo con cuerdas y comenzaron a bajarlo hacia el fondo de la fosa abierta. Cuando la caja tocó tierra, vieron que había quedado torcida, así que uno de los hombres apoyó sus manos amoratadas en el borde del hoyo, descendió hasta el fondo y, con el zapato embarrado, empujó el ataúd hasta que lo encajó perfectamente en el hueco. La brusquedad con que trató a ese objeto, que hasta el momento había sido manipulado con tan exquisita consideración, dolió a Stefan. En ello encontró la confirmación de su tesis: los vivos, por más que intentaran suavizar tan difícil tránsito, todavía se comportaban de manera coherente y armoniosa hacia los muertos.

Los sepultureros trabajaron con ahínco, casi obstinadamente. Cuando terminaron de cerrar la tumba, tras cubrirla con un montón de tierra, se hizo evidente que

aquel era un funeral celebrado en tiempos de guerra. En circunstancias normales, habría sido impensable que los dolientes abandonaran el cementerio sin haber cubierto de flores la tumba de uno de sus familiares. Pero ese invierno, el primer invierno tras la invasión, la gente parecía tener la cabeza en otro sitio. Además, como durante los combates no había quedado un cristal entero en el invernadero de los Przytułowicz, tuvieron que contentarse con cubrir la sepultura con unas pocas ramas de abeto. Al terminar la última oración, todos se santiguaron, dieron la espalda a aquel montón de tierra verdosa, y se encaminaron hacia el pueblo por los senderos cubiertos de nieve y barro, y salpicados de charcos.

En cuanto los curas, estaban tan ateridos de frío como todos. Así que cuando se quitaron sus sobrepellices blancas, la situación pareció normalizarse. Cambios semejantes, si bien no tan llamativos, pudieron observarse en el resto de dolientes. La gente fue desprendiéndose poco a poco de aquella seriedad ceremoniosa que los había embargado hasta un momento antes, de aquella lentitud en sus gestos y en sus miradas. Un espectador no muy avisado habría pensado que estaba ante un grupo de personas que se habían visto obligadas a andar de puntillas hasta que de repente se habían cansado de hacerlo.

En el camino de vuelta, Stefan hizo complicadas maniobras para no acercarse a su tía Aniela, la viuda. No es que se llevara mal con ella o no la compadeciera. Al contrario. Se sentía muy apenado por lo que había pasado, y más sabiendo cuánto se habían querido sus tíos. Pero, pese a sus esfuerzos, fue incapaz de pronunciar ni una sola frase

de pésame. Mientras tanto, el pánico se había apoderado de los asistentes: el tío Ksawery se había acercado a la tía Melania Skoczyńska y la había cogido del brazo. Stefan se quedó atónito ante la escena: de todos era sabido que su tío no aguantaba a aquella vieja solterona. La solía llamar «la ampolla de veneno viejo» y decía que allí donde hubiera pisado ella se debía desinfectar el suelo. Durante toda su vida, la tía Melania se había dedicado a sembrar cizaña entre los miembros de la familia y, si bien ella siempre había logrado mantener una actitud amable, lo cierto es que era habitual verla de casa en casa esparciendo comentarios venenosos y rumores que habían conseguido promover la discordia entre las generaciones. Ciertamente, la tía Melania había hecho mucho daño a la familia; además, los Trzyniecki eran todos muy impetuosos y testarudos.

Al ver a Stefan, Ksawery le gritó desde lejos:

—¡Bienvenido, hermano en Esculapio! ¿Te has licenciado ya?

Stefan, naturalmente, tuvo que detenerse para esperar. A modo de saludo, rozó con la nariz la mano helada de su tía solterona y los tres juntos reemprendieron el camino hacia la casa. El edificio emergió de entre los árboles, amarillo como una yema, una auténtica casa solariega, con columnas clásicas y una terraza enorme que daba al huerto. Se detuvieron delante de la entrada para esperar a los demás. De manera inesperada, el tío Ksawery desplegó sus dotes de anfitrión, y fue invitando calurosamente a todos a entrar como si temiera que sus familiares se desperdigaran por aquellas cenagosas y nevadas comarcas.

Ya en la puerta, Stefan se vio sometido al breve pero intenso martirio de los saludos dejados en suspenso durante el funeral. Al serle ofrecidas tantas manos y mejillas, tuvo que cuidarse muy mucho de no besar a ningún hombre, pero se equivocó alguna que otra vez. Y de ese modo, transportado por el roce de los abrigos recién quitados y el rumor de los pasos de los visitantes resonando por toda la casa, Stefan se encontró en el salón, sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí. Al ver el enorme reloj de péndulo de fina marquetería, se sintió como en casa: siempre que visitaba Nieczawy, tenía una cama preparada al otro lado de la estancia, justo bajo la cornuda cabeza del corzo. Y allí, en el rincón, estaba el sillón despanzurrado, cuyas entrañas de crin él solía inspeccionar durante el día; por la noche, solían despertarle las potentes campanadas del reloj, cuya esfera, que apenas vislumbraba, reflejaba de manera sobrenatural la luz de la luna que se filtraba desde algún lugar de las tinieblas. La esfera del reloj, redonda y fría, se mezclaba con su sueño y resplandecía en la noche tan inmóvil como la luna misma. Pero no pudo abandonarse a los recuerdos de la infancia, pues había demasiada agitación en aquella sala: las damas tomaban asiento en los sillones; y los señores, de pie, se ocultaban entre nubes de tabaco. Aunque todavía no habían empezado propiamente a charlar, se abrieron los dos batientes de la puerta del comedor, en cuyo umbral apareció Anzelm. Frunciendo el ceño con la benevolencia de un emperador algo despistado, procedió a invitar a todos a que pasasen a la sala donde sería

servida la comida. De *stypa*,³ por supuesto, ni hablar, resultaría inapropiado: a los parientes afligidos y agotados por el viaje se les ofrecería solamente un humilde refrigerio.

Entre los invitados estaba uno de los curas que habían conducido el cortejo al cementerio: delgado y cetrino, de aspecto cansado pero sonriente, se le notaba en cierto modo aliviado de que todo hubiera salido tan bien. El sacerdote, inclinándose un poco pero guardando la compostura, charlaba con la matriarca de la familia Trzyniecki, la tía abuela Jadwiga, una mujer bastante menuda cuyo vestido, además, le venía demasiado grande. La tía abuela Jadwiga parecía haberse secado y encogido dentro de la tela de aquel vestido inmenso, así que tenía que mantener las huesudas manos alzadas en gesto de oración para evitar que se le perdieran entre las chorreras de las mangas. Aquella carita plana y casi infantil mostraba una expresión entre ensimismada y divertida, como si en vez de escuchar al cura estuviera tramando alguna travesura. La anciana, con esos ojitos suyos, tan azules e inquietos, no tardó en reparar en Stefan y le hizo una seña con un dedo indicándole que se acercara. El joven doctor tragó saliva y, reuniendo todo el valor que pudo, obedeció, titubeante. La anciana dedicó unos segundos a examinar a Stefan de arriba abajo con una

3. El nombre polaco de la recepción que se prepara después de un funeral para los familiares que han acudido al cementerio, una especie de homenaje al fallecido que consiste en un banquete copioso, con platos muy elaborados y mucha bebida.

mirada atenta y bastante astuta, tras los cuales se dirigió a él con una voz sorprendentemente grave:

—¿Eres tu el joven Stefan, el hijo de Stefan y Michalina?

—Sí, sí —reconoció éste con impaciencia.

La tía abuela le sonrió. No se sabía muy bien si se alegraba de su buena memoria, o bien que se felicitaba por el buen aspecto de su sobrino nieto. Pero fuera como fuera, cogió la mano de Stefan con la suya, extremadamente delgada, se la acercó a los ojos, la observó con detenimiento y la soltó repentinamente, como si no hubiera encontrado en ella nada interesante. De nuevo sus miradas se cruzaron. Stefan estaba totalmente aturdido. La vieja continuó:

—¿Sabías tú que tu padre quería llegar a ser *santo*?
—La anciana cacareó bajito tres veces y, antes de que Stefan tuviera oportunidad de responder algo, añadió, sin razón aparente—: Su toquilla debe de andar todavía por algún sitio. Pudimos salvarla, gracias a Dios...

Después clavó la mirada en la lejanía y no dijo nada más. Mientras tanto, reapareció el tío Anzelm invitando a todos, esta vez con más energía, a entrar en el comedor; al final saludó a la tía abuela con una ceremoniosa reverencia y, abriendo los dos el cortejo, pasaron a la sala donde se serviría el almuerzo. La tía abuela no se había olvidado de Stefan, porque pidió que se sentara a su lado, a lo que él obedeció de nuevo, desanimado pero contento. Sentarse a la mesa resultó bastante complicado a causa del caos reinante. Una vez estuvieron todos acomodados, el tío Ksawery, el anfitrión, hasta entonces invisible,

apareció por la puerta precedido por una enorme sopera de porcelana llena de *bigos*. Se dispuso entonces a servir a todos los congregados uno detrás de otro, empuñando el cazo con su experimentada mano de médico y sus dedos amarillentos por la nicotina; servía el *bigos* con tal arrebató que las mujeres se apartaban preocupadas por la integridad de sus vestidos. El ambiente se fue caldeando. Todos hablaban de lo mismo: del clima y de sus esperanzas en la ofensiva aliada que había de producirse en primavera.

A la izquierda de Stefan estaba sentado el dueño del abrigo militar que tanto le había llamado la atención durante el entierro. Se llamaba Grzegorz Niedzic. Era un hombre de buena estatura, ancho de espaldas, y arrendatario en la provincia de Poznań. Era pariente de la madre de Stefan. Todo el tiempo lo pasó en silencio, tieso como un palo. Sonreía solo de vez en cuando, de modo tímido e inocente, como si tuviera que pedir perdón por las molestias que pudiera estar causando. Aquella sonrisa suya contrastaba con su cara bigotuda y tostada por el sol, y con su traje, que no se correspondía con su porte y que parecía haber sido confeccionado en casa, usando una manta del ejército.

En la mesa, se advertía perfectamente que tales ceremonias funerarias no suponían ninguna novedad para los allí reunidos. Stefan recordó que la última vez que había visto a toda la familia sentada alrededor de una mesa había sido la última Navidad, en Kielce. Comprendió que la familia ya sólo se reunía en los funerales. Aquella última Navidad habían celebrado juntos una

muerte y, aunque no era ninguno de sus parientes el que había fallecido, el desconsuelo los había embargado como si estuvieran despidiendo a un ser querido: asistían al entierro de la Patria.

Stefan se sentía incómodo en aquella compañía. No era muy amigo de las reuniones concurridas, y mucho menos de aquellas tan solemnes. Y, por si fuera poco, Stefan, tan poco amigo del escándalo, presentía que la misma presencia del cura provocaría sin duda la incontrollable vena blasfematoria del ateo de su tío Ksawery. Constataba, además, que él estaba allí en representación de su padre, que no gozaba precisamente de buena consideración en la familia por ser, hasta donde alcanzaba la memoria, el único inventor entre generaciones de terratenientes y médicos. Un inventor, por lo demás, que, ya rondando los sesenta años, no había logrado inventar nada.

La compañía de Grzegorz Niedzic, que parecía mudo de nacimiento, no parecía contribuir a hacer más llevadero su estado de ánimo. A los intentos de Stefan por entablar conversación, el terrateniente respondía con sonrisas más o menos cálidas, o con alguna que otra mirada de simpatía a su plato. Stefan anhelaba unirse a la conversación general, sobre todo cuando percibió ese negro destello familiar en los ojos de Ksawery que delataban que estaba tramando algo. Y así fue. Por fin, el tío interrumpió aquella tregua, solo rota por el rítmico golpeteo de la cuchara en el fondo de su plato:

—Stefan, hijo mío: seguro que en la iglesia te habrás sentido como un eunuco en un harén, ¿verdad?

Todos se dieron cuenta de que el comentario apuntaba, aunque fuera indirectamente, al pobre cura. Se hizo un silencio sepulcral. El tío Ksawery, no cabe duda, tendría ya preparada una réplica de lo más ácida, para cuando el cura saltase, pero no tuvo oportunidad de poner en práctica su plan: como animados por un resorte, todos sus parientes retomaron su animada charla, de modo más ruidoso que antes, si cabe, dando grandes voces, sabedores de la impertinente necesidad que tenía Ksawery de provocar al clero. El único remedio, eso también lo sabían perfectamente, consistía en suavizar los insolentes comentarios de Ksawery con el estruendo de la conversación. Del modo más oportuno, una de las sirvientas irrumpió en la sala y le pidió al tío Ksawery que la acompañase a la cocina para ayudarla a buscar un lomo de cerdo, que se había extraviado. Así que, de paso, se produjo en la comida una pausa imprevista.

Stefan se entretuvo todo ese rato contemplando el variado repertorio de los rostros familiares. La palma se la llevaba, sin duda, el tío Anzelm. Robusto, macizo más que gordo, no tenía una cara especialmente agraciada, pero lucía esa expresión señorial que sabía mostrar en toda su magnificencia como si fuera, junto al abrigo de piel de oso, el último vestigio de las enormes fincas que había perdido hacía ya veinte años, quizá por haberse dejado llevar por sus variopintas pasiones, extremo este último que Stefan no tenía totalmente confirmado. Únicamente sabía que Anzelm era al mismo tiempo enérgico y benévolo, pero tan fácilmente irritable que no tenía igual en toda la familia: sus rabetas duraban tanto tiem-

po —cinco, diez años incluso— que ni la misma tía Melania podía recordar la razón primera de sus enfados. En esas riñas maratonianas nadie se atrevía a mediar entre las partes, pues si Anzelm descubría que aquel torpe mediador desconocía la razón del ultraje, automáticamente se convertía en el objeto de su iracundo anatema. En una ocasión, el fuego alcanzó incluso al inofensivo padre de Stefan. Pero tanto la animosidad del tío Anzelm, como la de quien fuera que se sintiera ofendido, se acallaban cuando moría algún familiar. La *tregua Dei* imperaba por unos días, o por un par de semanas, en ocasiones, según las circunstancias. Y, durante ese tiempo, la bondad innata de Anzelm brillaba en cada una de sus miradas, y relucía en cada una de sus palabras, tan infinitamente generosas y compasivas que Stefan acabó convenciéndose de que no se trataba tan solo de una tregua en las hostilidades, sino de una verdadera indulgencia plenaria. Sin embargo, el orden natural de los sentimientos del tío, alterado por la muerte de un pariente, iba recuperándose, hasta alcanzar su estado inicial, que volvía a reinar durante años en su inexorable severidad. Hasta que llegaba el siguiente funeral.

Cuando era solo un niño, Stefan se había sentido tremendamente impresionado por la resistencia y la capacidad de perpetuación de los sentimientos de su tío Anzelm. Más tarde, siendo ya estudiante, alcanzó a comprender, siquiera parcialmente, su mecanismo. Antaño la ira del tío se apoyaba en el poder material de sus bienes; en otras palabras, en su capacidad de amenazar a sus familiares con desheredarlos. Pero debido a

la inflexibilidad de su carácter, entre sus familiares la ira del tío Anzelm sobrevivió a la pérdida de su fortuna, de manera que no dejaron de temer sus reacciones por más que ya no pudiera desheredarlos de nada. Stefan, aun siendo consciente de esa falla, no se libraba de sentir un respeto y un temor cervaes hacia el hermano mayor de su padre.

El lomo de cerdo que se presumía extraviado apareció, inesperadamente, dentro del aparador negro que había en el mismo comedor. Cuando extrajeron el enorme pedazo de carne de las profundidades de aquella vetusta pieza de mobiliario, el color negro de la madera le recordó a Stefan el tono del ataúd, y se sintió desazonado. Estaba en estos pensamientos cuando del pasillo llegó un gran estruendo, y entonces, por la puerta, aparecieron varias sirvientas, acarreando un gran espetón de pato asado, además de una fuente de patatas humeantes y una tarta de arándanos. El humilde refrigerio se convirtió, súbitamente, en un auténtico festín, y más cuando el tío Ksawery aprovechó que el aparador estaba abierto para sacar, una detrás de otras, varias botellas de vino. Y, de ese modo, la distancia que desde el principio Stefan había sentido hacia el resto de los comensales aumentó bruscamente. Hasta ese momento se había sentido molesto por el tono de la conversación, y por la destreza con que todos esquivaban el tema de la muerte (al fin y al cabo el único motivo de ese encuentro). Pero ahora, el nuevo cariz de la reunión logró sacarle de sus casillas. Los comentarios de sus familiares, incluyendo los lamentos por la patria perdida, le sonaban falsos, vacuos, acompaña-

dos como estaban del rumor de los cubiertos y del tra-siego de las mandíbulas. Cuando pensó en el fallecido a quien acababan de enterrar y que yacía en el cementerio desierto, sintió que él era el único en aquella mesa que todavía se acordaba del tío Leszek. Al contemplar con repugnancia las caras enrojecidas de los comensales, su indignación salió del círculo familiar para convertirse en desprecio hacia el mundo entero. Y, en ese momento, la única manera de expresar ese desprecio era renunciar a la comida. Así que tomó la resolución de abandonar la mesa, aunque estuviera hambriento todavía.

Pero antes de que pudiera siquiera hacer el ademán de levantarse, notó que algo le pasaba a su vecino de la izquierda, Grzegorz Niedzidzic. Hasta ese momento, se había limitado a comer lo que le ponían en el plato, en silencio. Pero desde hacía un rato, no paraba de limpiarse el bigote, presa de una visible irritación, mientras estudiaba de reojo la puerta, como si estuviera midiendo la distancia que le separaba de ella: sin duda se estaba preparando para algo. Súbitamente, se inclinó hacia Stefan y le reveló que tenía que marcharse a la estación. Tenía que coger el tren de vuelta a Poznań.

—¿Viajará de noche? —le preguntó Stefan sin pensar.

—Sí, mañana por la mañana tengo trabajo. No puedo faltar.

En la provincia de Poznań, le explicó, los alemanes apenas soportaban a los polacos. Le había costado muchísimo conseguir que le concedieran un día libre. Había viajado toda la noche para llegar a Nieczawy, pero ya era hora de regresar. Y dicho esto, casi sin haber concluido

su torpe explicación, cogió aire y se levantó la mesa de manera tan brusca que casi se llevó el mantel por delante. A continuación ensayó una torpe reverencia y se abrió camino hacia la puerta. Se oyó un clamor de protestas, a las que el hombre, igual de mudo que al principio, replicó con una nueva reverencia desde el umbral, tras la cual desapareció por el pasillo. El tío Ksawery corrió tras él y al momento se oyó un portazo. Stefan miró por la ventana. Ya era de noche. Con la imaginación creyó ver dibujada una silueta alta ataviada con un abrigo militar corto caminando por el sendero embarrado. Echó una mirada hacia la silla vacía y advirtió que los flecos almidonados del mantel habían sido separados y peinados cuidadosamente y sintió que el corazón se le encogía por aquel primo lejano prácticamente desconocido que durante dos noches había estado temblando de frío en un oscuro vagón sin calefacción para poder acompañar a un pariente difunto durante apenas unos centenares de metros.

Como siempre ocurre después de una comida copiosa, el aspecto de la mesa era lamentable, toda llena de platos en los que se amontonaban huesos cubiertos de grasa cuajada. Se produjo un breve silencio. Los hombres comenzaron a buscar cigarrillos en sus bolsillos, y el cura aprovechó para limpiarse las gafas con una gamuza. La tía abuela Jadwiga, mientras tanto, permanecía tan ensimismada que, de no ser por sus ojos como platos, cualquier podría haber pensado que estaba echándose una siesta. Y enmarcada en ese silencio se oyó, por primera vez aquella tarde, la voz de la viuda Aniela. Allí estaba, quieta en su silla, cabizbaja, con los ojos fijos en el mantel:

—¿Sabéis? Creo que todo esto empieza a parecer algo ridículo...

Y entonces se le quebró la voz. Nadie rompió el silencio, que se intensificó. Se trataba de algo sin precedentes, nadie estaba preparado. Forzado por sentir que aquello era por fin de su competencia, y tan torpe como un médico que debe prestar ayuda inmediata y no sabe muy bien cómo, el cura se precipitó hacia la tía Aniela, pero eso fue todo: permaneció de pie junto a ella, vestida toda de negro, él mismo con su sotana también negra y la cara color limón, los ojos hinchados, parpadeando; hasta que las sirvientas, mejor dicho, las dos mujeres del pueblo que hacían las veces de criadas, salvaron a todos entrando con mucho alboroto y empezaron a recoger los platos y las fuentes.

En la penumbra del salón, junto a los cristales centelleantes de la biblioteca de roble, debajo de la pantalla naranja del quinqué de latón que humeaba ligeramente, el tío Ksawery discutía con unos y con otros en un susurro acelerado. A unos los convencía de que se quedaran a dormir, a otros les informaba del horario de trenes, y daba órdenes sobre a quién habría que despertar y cuándo. Si bien Stefan había decidido marcharse de inmediato, al enterarse de que el primer tren salía a las tres de la madrugada, empezó a flaquear y, sin oponer resistencia, se dejó convencer para quedarse aquella noche. Como dormiría precisamente en el salón, enfrente del reloj, debía esperar a que todos se retiraran. Cuando por fin se marchó el último de los invitados, casi era medianoche. Stefan se lavó rápidamente, se quitó la ropa, se tumbó

bajo la lámpara que apenas titilaba, sopló su llamita y, con un desagradable escalofrío, se embutió bajo el frío edredón. La somnolencia que le había invadido desapareció como por ensalmo. Acostado boca arriba, tardó un buen rato en dormirse escuchando cómo el reloj, invisible en la oscuridad total, daba las horas y los cuartos majestuosamente, con exagerado énfasis.

Sus pensamientos, vagos y confusos, giraban alrededor de las experiencias de aquella jornada, pero inevitablemente fueron avanzando en otra dirección. En el carácter de toda la familia estaba el fuego y la piedra, la pasión y la intransigencia. Los Trzyniecki de Kielce eran conocidos por su avaricia, el tío Anzelm por su ira, la tía abuela por una pasión amorosa perdida ya en la noche de los tiempos. Ese sino se manifestaba de distintas maneras en cada uno de ellos. El padre de Stefan era inventor y solo hacía el resto de cosas a la fuerza. Espantaba a todos de su lado como si fueran moscas y a veces perdía días enteros, viviendo el jueves dos veces, para descubrir luego que se había perdido el miércoles. Y ese comportamiento no tenía nada que ver con la distracción, sino con la concentración exagerada en la idea que le obsesionaba en un momento concreto. Cuando no dormía ni estaba enfermo, uno podría jugarse la vida y apostar a que se encontraba en el diminuto taller que se había montado en el desván, rodeado de mecheros Bunsen y lámparas de alcohol, de instrumentos que llameaban entre el olor a metal y a ácido, comprobando, puliendo, fundiendo, acciones todas ellas que constituían el proceso mismo de la invención, de manera que, aunque cambiaran las intenciones del in-

ventor, no cesaban nunca de repetirse, inmutables. Y al final, después de sufrir un nuevo fracaso, su padre emprendía el siguiente invento con una fe y un entusiasmo tan intensos que quienes no lo conocían lo consideraban un hombre poco inteligente o un inconsciente. Cuando era niño, Stefan nunca se sintió tratado como tal. Si aparecía por el umbral del taller, el padre le hablaba como se habla a un adulto duro de oído, y la conversación se interrumpía una y otra vez, cargada de malentendidos. Sin que le importara en realidad, pasando del torno a la plantilla y viceversa, con la boca llena de tornillos y el delantal quemado, se dirigía a él como si estuviera pronunciando un discurso, cuyas pausas aprovechaba para retocar cualquier cosa con detenimiento. Pero ¿de qué hablaban realmente? Stefan no lo recordaba, pues era demasiado pequeño para comprender su sentido, pero su padre decía cosas como: «Lo que fue y pasó, no existe y es como si jamás hubiera existido, al igual que un pastel que te comiste ayer ya no te sirve para nada. Por eso, si uno logra creer en ello, uno podría inventarse un pasado que no tuvo y sería como si lo hubiera vivido de verdad».

Y en otra ocasión le preguntó: «¿Tú quisiste venir a este mundo? ¿Verdad que no? ¿A que no? No, no pudiste querer venir, porque *no existías*. Y, por la misma razón, yo tampoco quería que vinieras al mundo o, mejor dicho, quería un hijo, pero no eras tú, pues como no te conocía, no podía querer que nacieras precisamente... Yo quería un hijo *en abstracto*, y tú eres un hijo *en concreto*...».

Stefan rara vez le contestaba y casi nunca le preguntaba nada; salvo una vez, cuando tenía quince años. Le

preguntó entonces qué pasaría si el invento en el que estaba trabajando en esos momentos funcionara. El padre frunció las cejas y, después de una larga pausa, le contestó que se dedicaría a inventar alguna otra cosa. «¿Para qué?», preguntó Stefan temerariamente. Esa pregunta, igual que la primera, se debía a su aversión, siempre disimulada pero creciente con los años, hacia la curiosa profesión de su padre que, como sabía sobradamente, era objeto de escarnio generalizado. La gente tendía a despreciar sus excentricidades y ese desprecio se extendía a Stefan de manera natural. El señor Trzyniecki, a la pregunta de su hijo adolescente, respondió: «Stefek, no se hacen esas preguntas. Es como preguntar a un moribundo si quiere vivir más. Te contestará que sí y no se preguntará para qué. Con mi trabajo pasa lo mismo».

Aquel trabajo tan serio y agotador no le reportaba ningún dinero, de manera que la madre de Stefan o, mejor dicho, el padre de su madre, era quien mantenía a la familia. Cuando Stefan se enteró de que el señor Trzyniecki vivía a expensas de su esposa, se indignó tanto que durante mucho tiempo se avergonzó de su progenitor. Sus tíos, los hermanos de su padre, también lo menospreciaban, pero con el tiempo, como cualquier situación que tiende a perpetuarse, el desprecio se transformó en mera indiferencia. La señora Trzyniecka amaba a su marido, pero, por desgracia, todo lo que éste hacía rebasaba los límites de su entendimiento. Libraban una guerra de guerrillas, pero la lucha, sin que ellos lo supieran, se desarrollaba en dos frentes, en dos esferas intercomunicadas: el taller y la casa. Aunque su padre no pretendía

convertir las habitaciones en la continuación de sus talleres, sobre las mesas, en los armarios y por los escritorios se amontonaban tantos alambres y aparillos que su madre temía por los manteles, las servilletas de encaje, los rododendros y los cactus; y como a su padre no le gustaban las plantas, se dedicaba a arrancar sus raíces a escondidas para divertirse después contemplando furtivamente cómo se marchitaban. En las limpiezas generales que su madre hacía de cuando en cuando acababa tirando sin querer algún alambre de gran valor o algún tornillo imprescindible. Y cuando el señor Trzyniecki estaba entregado a su trabajo estaba tan ausente como si se hubiera ido de viaje. Solo se permitía regresar junto a su familia cuando tenía alguna recaída de su enfermedad. Y si bien a la señora Trzyniecka le preocupaba muchísimo el sufrimiento de su esposo, lo cierto es que cuando gemía en la cama desamparado y cubierto de bolsas de agua caliente, se sentía más tranquila, pues solo entonces era capaz de comprender qué decía y qué le estaba pasando.

En aquella oscuridad, jalonada por el rítmico pulso del reloj, los pensamientos de Stefan abandonaron la casa familiar y volvieron a la jornada precedente. A la luz de la razón, los propios lazos familiares —todo ese enredo de intereses y afectos, esa solidaridad que afloraba con los nacimientos y las muertes— resultaban en cierto modo vanos y fatigosos. Stefan sintió un fuego que le impulsaba a denunciar aquella situación, un delirio que le impelía a gritar a la cara a todos sus familiares la cruel verdad que se ocultaba tras el trajín diario y tras el jaleo

en que se convertían todas sus fiestas. Pero cuando intentó encontrar las palabras con las que dirigirse a los vivos, volvió a recordar a su tío Leszek y se quedó inmóvil, como asustado. Aun así, continuó en sus cavilaciones, como dejándose llevar: las ideas poco a poco comenzaron a desplegarse por sí solas, autónomas, ante sus ojos de mero observador. Y se dejó invadir por ese agradable cansancio que anuncia el sueño. Entonces recordó la fosa común del cementerio. La muerte de la patria vencida no era más que una simple metáfora, pero aquella pequeña tumba militar no; y qué podía hacer uno ante ella que no fuera quedarse de pie, callado, con el corazón roto por un sentimiento agridulce de comunión que trascendía la vida y la muerte de cada hombre haciendo latir su corazón. Y su tío Leszek allí al lado. Stefan veía su tumba, sin aquella capa de nieve, desnuda, con tanta claridad como en un sueño, pero todavía estaba despierto y confundió la patria con la familia y, aunque él había condenado a ambas por muchas razones, su patria y su familia seguían en él o, quizá, él seguía viviendo en ellas. Stefan no lo sabía y, al dormirse, se apretó el corazón con la mano sintiendo que liberarse de ellas dos sería morir.